

# Lo que las últimas intervenciones militares nos han enseñado

Coronel DEM Ignacio Fuente Cobo, Artillería, Ejército de Tierra Español

*Este artículo fue originalmente publicado en la revista Ejército de Tierra Español, número 856 julio-agosto de 2012*

**N**OS ENCONTRAMOS ACTUALMENTE ante un final de ciclo en las operaciones militares y por tanto, en una buena situación para reflexionar sobre lo que ha pasado estos últimos años en los teatros situados en países musulmanes una vez que las campañas militares en Iraq y Libia han concluido y que la intervención militar en Afganistán está próxima a terminar en el 2014.

Y todo ello cuando concurren unas circunstancias extraordinarias que inevitablemente están condicionando nuestras consideraciones sobre el futuro de las intervenciones militares y el papel que deben desempeñar nuestras Fuerzas Armadas en los modernos teatros de operaciones. Por una parte tenemos que hacer frente a una fuerte presión para reducir nuestros compromisos exteriores —y nuestros presupuestos militares— inducida por una situación económica muy difícil y por el hastío de una opinión pública que considera cada vez más evidentemente, que la mejor forma de evitar quedar estancados por años en los actuales escenarios de conflicto de tan difícil salida, es precisamente no intervenir en ellos.



Por otra parte, lo que se nos ha presentado como el éxito de la campaña militar en Libia del año 2011, está siendo utilizado como modelo para operaciones futuras en escenarios como Siria o Irán. Conviene analizar cuidadosamente, por tanto, si las lecciones que podemos extraer de la operación

---

*El Coronel D. Ignacio Fuente Cobo, del Ejército de Tierra Español, es oficial de Artillería, Diplomado de Estado Mayor y en el Mando de Tropas de Montaña. Actualmente ejerce el Mando del Regimiento de Artillería Antiaérea Nro. 74, en Sevilla. Ha realizado diversos cursos como por ejemplo, en la Escuela de Defensa Aérea del Ejército de EUA o en el Colegio de Defensa de la OTAN. Es*

*especialista en asuntos civiles. Además, ha cursado el Master en Seguridad y Defensa en el Instituto Universitario "General Gutiérrez Mellado", Madrid. Ha ocupado diversos destinos de Mando y Estado Mayor y es coautor del libro El Conflicto del Sahara Occidental, publicado por el Ministerio de Defensa y el Instituto Internacional de Estudios Internacionales y Europeos "Francisco de Vitoria".*

en Libia son como afirmase en septiembre de 2011 el Secretario General de la OTAN, Anders Fogh Rasmussen «*todas positivas*» y hasta qué punto sirven para modificar la percepción de fracaso producida por las largas intervenciones en Iraq y Afganistán.

---

***Solo si somos capaces de cerrar correctamente el círculo de las intervenciones militares, si sabemos aprovechar las lecciones aprendidas en ellas, estaremos en condiciones de responder a los desafíos del futuro.***

La actual situación puede considerarse como de pausa estratégica, lo que ofrece unas condiciones excelentes para identificar lo que hemos hecho bien durante estos años y, por tanto sigue siendo útil, sobre todo lo que hemos hecho mal y hay que cambiar. En unos momentos en los que, con la llamada Primavera Árabe está aumentando la inestabilidad en nuestro entorno de seguridad, resulta imprescindible extraer las correspondientes lecciones aprendidas de las intervenciones militares de los últimos años, si queremos entender el mundo que nos rodea, la evolución que está experimentando y la aportación de los ejércitos a nuestro bienestar.

**Nivel de ambición y guerras ideológicas**

La primera lección que se extrae al contemplar los conflictos de la última década, tiene que ver con el nivel de ambición y las guerras motivadas por razones ideológicas. Al comienzo de la invasión de Afganistán, el pensamiento dominante era que las naciones —y fundamentalmente los Estados Unidos— tenían la obligación de emplear su poder militar aunque fuera unilateralmente en las conflictivas sociedades musulmanas como catalizador de transformación en un gigantesco proceso de re-ingeniería social para evitar que pudieran repetirse ataques como los del 11 de septiembre de 2001. De esta manera —como afirmara el

presidente Bush— en Afganistán se podría lograr «*construir una democracia floreciente que sirviese de alternativa a una ideología odiosa*».

Ahora bien, con la perspectiva que nos proporcionan los años, está claro que este formidable objetivo resultaba excesivo incluso para las capacidades y los recursos de los Estados Unidos. La visión ideológica de la guerra se tradujo en la formulación de unos niveles de ambición inalcanzables, de manera que las que habían sido concebidas inicialmente como campañas militares limitadas, terminaron por convertirse en guerras interminables cuyos objetivos finales eran cada vez más cuestionados. No es de extrañar que el presidente Obama modificase esta concepción ideológica y equivocada de la guerra al limitar en mayo de 2010 los objetivos



Secretario General de la OTAN Anders Fogh Rasmussen

estratégicos en Afganistán a «*fortalecer la capacidad de Afganistán de proporcionar su propia*

*seguridad*». En definitiva, hubo que reducir el nivel de ambición y formular objetivos mucho más modestos hasta llegar a lo que eufemísticamente se llamó «*estrategia de transición al 2014*», en la que ya ni siquiera se contempla la posibilidad de que las fuerzas internacionales puedan consolidar un gobierno afgano que no desestabilice la región.

Al final de este proceso gradual de «*desescalada*» ideológica habrá que contentarse con negociar con los talibanes y si es ello posible —como sugiere el sorprendente teniente coronel norteamericano Daniel Davis desde las páginas del *Armed Forces Journal*— dejar detrás como mucho algunos bastiones en puntos estratégicos desde donde neutralizar a los terroristas que puedan usar ese país como base de operaciones.

Podemos afirmar, por tanto, que lo que hemos aprendido estos últimos años es que las guerras dirigidas por ideologías, pocas veces tienen éxito y difícilmente contribuyen a desarrollar sociedades democráticas, prósperas y pacíficas, a no ser que estemos dispuestos a asumir un elevado nivel de sacrificios, incluida la necesidad de permanecer allí durante mucho tiempo. De no ser así, resulta preferible y desde luego mucho más pragmático, limitar el nivel de ambición a la hora de decidir una operación de intervención militar, de manera que sea posible adecuar los objetivos que queremos alcanzar con los esfuerzos que estamos dispuestos a realizar. Esta lección parece que la hemos aprendido para Somalia donde nos contentamos ahora con algo tan limitado como luchar contra la piratería, o en Libia donde hace un año nos dimos por satisfechos con proteger a la población civil de los ataques de sus autoridades.

Ahora bien, esto no quiere decir que la ideología no siga llamada a desempeñar una función en las operaciones militares futuras, pero la gran diferencia con las guerras de ayer, es que queda reducida a actuar como un potenciador de la decisión política y un catalizador de la voluntad popular. Así un concepto tan ideológico como el «*deber de proteger*», entendido como la necesidad de que la comunidad internacional proteja

a las poblaciones sometidas a los abusos de sus propios gobiernos, facilita las intervenciones militares pero no es suficiente para producirlas. Solo así podemos entender por qué fue relativamente fácil intervenir en Libia para proteger a la población civil al amparo de la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad, pero no ha sido posible conseguir lo mismo hasta la fecha en el caso de Siria donde siguen produciéndose graves violaciones de los derechos humanos.

### **Estrategias operativas viejas y nuevas**

La siguiente enseñanza se refiere a estrategias operativas aplicadas en Afganistán y que considerábamos fracasadas, pero que, al parecer, resurgen con fuerza renovada en otros escenarios. Así la combinación del poder aéreo, drones, algunas fuerzas especiales y, sobre todo, el empleo de fuerzas nativas —que en Afganistán sirvió para sacar del poder a los talibanes, pero no para derrotarlos completamente— sí que ha proporcionado la victoria militar en Libia, al menos en los términos estrictos en los que esta había sido planteada inicialmente, sin bajas aliadas, con costes relativamente pequeños y con el peso de la lucha recayendo fundamentalmente sobre los propios libios.

---

***Lo que hemos aprendido estos últimos años es que las guerras dirigidas por ideologías, pocas veces tienen éxito y difícilmente contribuyen a desarrollar sociedades democráticas, prósperas y pacíficas...***

No es una estrategia militar excesivamente brillante porque no ofrece ninguna garantía de que lo que al final resulte en Libia —quizá un nuevo Estado fallido— sea mejor que lo que ya había. Ni siquiera es nueva porque ya había sido aplicada por la OTAN en Kosovo en 1998, cuando se optó por una larga campaña aérea en vez de una invasión convencional. La gran ventaja que proporciona esta estrategia, que algunos han definido como

operaciones sin despliegue de tropas (boots off the ground), es que, resulta más sencillo diseñar una salida rápida y efectiva que evite el estancamiento



Teniente Coronel Daniel Davis

en el que normalmente acaban las intervenciones militares. Ello la convierte en muy atractiva para nuestras sociedades. No olvidemos que todavía no hemos terminado de despegarnos de los escenarios balcánicos y que en Afganistán llevamos más de una década. Por el contrario, desengancharse militarmente de Libia apenas costó unas semanas sin que la población favorable a la intervención, se resintiera en ningún momento por la presencia de tropas extranjeras dentro de sus fronteras.

Ahora bien, evitar desplegar tropas puede que sea particularmente efectivo y relativamente sencillo en escenarios de conflicto como Libia, Yemen o Somalia, pero resulta mucho más difícil que pueda funcionar en Siria, Afganistán o Irán. En general puede ser una estrategia militar útil en teatros de fácil acceso físico donde se puedan desplegar —bien en el mar, bien en bases locales situadas en países vecinos, bien en territorios «liberados» dentro del mismo país— medios de apoyo que

nos permitan obtener la información necesaria para diseñar líneas de actuación operativas. Pero en los teatros interiores como Afganistán o Irán, esta estrategia resulta mucho menos efectiva, dado que cuanto mayor sea la distancia a la que hay que operar, más se degrada la potencialidad de la respuesta.

### Los límites de la doctrina de contrainsurgencia

Todo ello nos lleva a la siguiente reflexión sobre la validez de la doctrina militar prevalente en nuestros días, conocida como de contrainsurgencia, o COIN. Esta doctrina formulada por el que fuera Jefe del Mando Central norteamericano, general David Petraeus, defiende que no se pueden ganar las guerras contra las insurgencias solo mediante el empleo de la fuerza militar, sino que es preciso ganarse los corazones —y con ellos las mentes— de la población donde se interviene. Dicho en otras palabras, resulta fácil obtener la victoria militar rápidamente y con un bajo coste humano y económico cuando empleamos las fuerzas militares tecnológicamente avanzadas, pero resulta mucho más difícil dejar detrás una administración nacional que sea democrática, o por lo menos estable, sino existe un compromiso fundamental con la construcción del país y sus estructuras nacionales, que vaya más allá de la simple ocupación militar del territorio. Es la vieja idea de Clausewitz, de que la política es la inteligencia rectora de la guerra y las fuerzas militares son tan solo un instrumento.

No obstante, esta doctrina militar tan sugerente y atractiva, es más fácil de formular que de poner en práctica. No solo supone aceptar una expansión extraordinaria de la misión tradicional de las fuerzas militares —vencer militarmente— sino que exige una presencia seria y prolongada en el tiempo, que los gobiernos y las opiniones públicas se muestran muy reacios a asumir. No es de extrañar que las limitaciones conceptuales de esta doctrina de contrainsurgencia, parecen haber sido entendidas de una manera muy evidente en las operaciones en Libia, donde nadie se planteó, ni en la resolución de Naciones Unidas que legitimaba la intervención ni en las declaraciones de los principales líderes occidentales, la necesidad

de comprometerse con la reconstrucción del país, un puente que desde el primer momento se entendió demasiado lejano para las fuerzas militares participantes.

La lección que podemos extraer es que resulta mucho más fácil intervenir militarmente cuando no se está sometido a la presión de tener que dejar detrás un gobierno estable o construir un estado democrático, asumiendo la posibilidad de que lo que finalmente resulte sea otro gobierno autoritario, con una cara más o menos amable. De esta manera, todo resulta mucha más sencillo desde el momento en que sabemos que la responsabilidad de la reconstrucción que tan penosa resulta para las fuerzas militares, recae en las propias autoridades nacionales.

---

***Es la vieja idea de Clausewitz, de que la política es la inteligencia rectora de la guerra y las fuerzas militares son tan solo un instrumento.***

#### **Objetivos limitados y objetivos ambiciosos**

Esto nos lleva a enunciar la siguiente lección, que se refiere a la necesidad de plantear objetivos limitados aun cuando lo que realmente pretendamos obtener sean otros más ambiciosos. Aunque el objetivo oficial en Libia era puramente humanitario, muy pronto quedó de manifiesto que lo que verdaderamente se pretendía era cambiar el régimen. Así lo recogía la carta abierta que



Obama, Sarkozy y Cameron

publicaron conjuntamente el presidente norteamericano Barack Obama, el presidente francés Nicholas Sarkozy y el primer ministro británico

David Cameron en abril de 2011, en la que se decía clara y llanamente que «*Gaddafi —y su régimen— tenían que irse*», e incluso se llegaba a afirmar que la OTAN debía usar su fuerza para alcanzar este objetivo.

---

***Siria es el talón de Aquiles de Irán. La caída del régimen de El Asad supondría el golpe de gracia para un Irán cada vez más aislado...***

La consecuencia que se extrae es que cuando planteamos objetivos estratégicos limitados y perseveramos tenazmente en alcanzarlos, es muy posible que al final logremos otros más ambiciosos que son los que realmente perseguimos. Así parece ocurrir al contemplar la situación actual de Siria en relación con Irán. En unos momentos en los que el objetivo final debería ser detener el esfuerzo nuclear iraní y provocar un cambio de régimen en Teherán, el análisis de capacidades militares indica que ni Israel, ni probablemente Estados Unidos, tiene la capacidad de destruir irreversiblemente el programa encaminado a la fabricación de armas nucleares. Un ataque sobre Irán solo produciría una interrupción temporal de su programa nuclear. Se necesitaría una larga y costosa campaña aérea de consecuencias impredecibles para producir un efecto decisivo.

En estas circunstancias, y siguiendo esta lógica estratégica, se llegaría a la conclusión de que Siria, un objetivo limitado, es el camino más directo para contener a Irán, un objetivo mucho más ambicioso. Siria es el talón de Aquiles de Irán. La caída del régimen de El Asad supondría el golpe de gracia para un Irán cada vez más aislado internacionalmente y que basa su influencia regional en la alianza con el Hezbolá libanés y el Hamás palestino. Es decir, se podría conseguir «*matar varios pájaros de un tiro*», o si queremos decirlo de otra forma, conseguir varios objetivos por el precio de uno, siendo este uno precisamente el más barato y sencillo de lograr.

## Intervención y liderazgo

La última de las lecciones que extraer se refiere a las modalidades de intervención y a la responsabilidad sobre la dirección de la misma. La campaña de Kosovo de 1998 puso de manifiesto las limitaciones de lo que el entonces Comandante Supremo Aliado de la OTAN, el general norteamericano Wesley Clark, llamó «*la guerra por comité*», la dificultad de actuar al unísono cuando existían serias divergencias entre los aliados sobre quién, cómo y para qué luchar. La conclusión que extrajeron los norteamericanos fue que las siguientes guerras, las dirigirían solos o con aliados que actuaran de manera análoga a como lo hacían ellos, y mejor mediante coaliciones de naciones dispuestas, que mediante organizaciones militares internacionales. Esta preferencia fue recogida por las autoridades norteamericanas en su controvertida Estrategia de Seguridad Nacional, de septiembre de 2002, y conforme a ella actuaron en Afganistán y en Iraq, acompañados únicamente de un puñado de aliados militarmente capaces y dispuestos a someterse a sus férreas estructuras de mando y control.

En esos años, los norteamericanos entendían que la eficacia militar era directamente proporcional a la cohesión de las estructuras militares, por lo que sus Fuerzas Armadas se encontraban más cómodas operando por medio de coaliciones ad-hoc, que a través de la complicada estructura de mando y control de alianzas como la OTAN. Con ello olvidaron el principio estratégico clásico que afirma que la victoria final, en términos políticos, resulta mucho más fácil de conseguir cuando se participa conjuntamente con los aliados, al menos por la garantía de legitimidad que proporciona intervenir con el consenso internacional. Es la vieja afirmación de Winston Churchill de que «*si hay algo peor que ir a la guerra con los aliados, es el hacerlo sin ellos*».

Esta falta de comprensión del fenómeno de la guerra fue parcialmente modificada en Afganistán a partir del 2003 con el despliegue de la ISAF, una fuerza mayoritariamente europea; y se puso de manifiesto de una forma todavía más contundente

en Libia en el 2011, cuando los norteamericanos aceptaron no actuar unilateralmente, ni siquiera como líderes de la intervención y dejaron que la responsabilidad fuera de la OTAN, con los franceses y británicos a la cabeza de los ataques aéreos. La conocida como doctrina Obama, que ha sido definida por sus detractores como una manifestación del declive progresivo del poder militar norteamericano, preconiza ahora la necesidad de consultar y cooperar con los aliados y compartir con ellos el peso de las operaciones.

Podemos decir que esta nueva aproximación doctrinal norteamericana a las operaciones de intervención militar, más que una prueba de debilidad, puede considerarse en realidad como una muestra de fortaleza. Los datos en el conflicto de Libia así lo avalan. Las fuerzas norteamericanas proporcionaron el 75% de los reabastecimientos en vuelo, la mayoría de los



General Wesley Clark

misiles de crucero que golpearon las defensas aéreas y casi todos los medios de guerra electrónica y de mando y control, sin los cuales muy pocas misiones de ataque podrían haberse llevado a cabo. Lo que parecía una sentencia lapidaria, la de que los Estados Unidos se habían

limitado a «*liderar desde detrás*», realmente no era más que una forma reconocer que los norteamericanos seguían ejerciendo el liderazgo, si bien de una manera más amable y también más efectiva.

En definitiva, la idea de que el poder americano está en declive responde a un análisis estratégico equivocado, de corto alcance y limitado a un breve periodo de tiempo. En realidad la conclusión parece ser la contraria. Como afirma Robert Kagan en su nuevo libro *The World America Made*, lo que ha sido verdaderamente exagerado es la percepción del poder americano «*de los buenos días del pasado*», cuando se pensaba que los Estados Unidos podían dictar unilateralmente los asuntos mundiales.

Esta constatación pragmática en lo que a se refiere las relaciones de poder y el ejercicio del liderazgo también puede ser aplicada —si bien con una visión diferente y mucho más crítica— a los aliados europeos y por extensión a la OTAN, una organización política y militar que fue concebida para detener y batir a la otra gran superpotencia de la Guerra Fría y cuyo papel en las intervenciones militares los últimos tiempos parece cada vez más cuestionado. Si en Kosovo y en Afganistán los principales problemas operativos que presentaron los aliados se referían a las controvertidas restricciones de empleo (*caveats*), las divergencias sobre Libia en el seno de la Alianza resultaron mucho más profundas y fundamentalmente políticas.

La indecisión inicial de Turquía sobre qué partido tomar, la negativa de Alemania a aprobar la resolución 1973 del Consejo de Seguridad y la retirada de su apoyo a la misión de la OTAN —incluidas sus tripulaciones de los sistemas AWACS, esenciales para el mando y control de los aviones aliados— o las durísimas críticas de Polonia a la intervención aliada considerándola motivada por el petróleo han puesto de manifiesto que más allá de la retórica política, hoy por hoy y mal que nos pese a los europeos, seguimos dependiendo de la asistencia americana a la hora de intervenir, especialmente cuando los escenarios son tanto o más exigentes que los libios, balcánicos o afganos. Por ello no es de extrañar que las operaciones en

Libia parezcan haber confirmado lo que la prestigiosa revista *The Economist* definía como «*una preocupante tendencia de los estados miembros a asumir una actitud a la carta en cuanto a sus responsabilidades con la Alianza*».

---

**Cuando planteamos objetivos estratégicos limitados y perseveramos tenazmente en alcanzarlos, es muy posible que al final logremos otros más ambiciosos que son los que realmente perseguimos.**

### Conclusiones

Podemos concluir diciendo que nos encontramos ante una coyuntura histórica excepcional, ante un final de ciclo en el que se acaba una forma de intervenir militarmente y todavía no se ha concretado la siguiente. La crisis económica que nos azota, el hastío de la sociedad ante el coste de las intervenciones y la escasez de resultados hacen poco probable que se repitan las intervenciones de «*alta intensidad*» a la que tan acostumbrados estábamos en el pasado.

En definitiva, ahora que nuestra sociedad parece dejar a un lado los cañones y optar por la mantequilla, es necesario aprovechar esta pausa en las operaciones para «renacionalizar» nuestra política de seguridad, redescubriendo dónde están nuestros intereses estratégicos básicos y dónde los complementarios. Reorganizar nuestros recursos limitados e invertir en aquellas capacidades que nos permitan seguir siendo militarmente relevantes, resulta fundamental en unos momentos en los que estamos asistiendo a un despertar árabe en nuestro entorno geográfico próximo, que dibuja un panorama de conflictividad mucho más inestable y de desenlace final incierto.

De esta manera, si somos capaces de cerrar correctamente el círculo de las intervenciones militares, si sabemos aprovechar las lecciones aprendidas durante los últimos años y concentrarnos en la reconstrucción de nuestras fatigadas estructuras militares, estaremos en

condiciones de responder a los desafíos del futuro, evitando que la falta de visión estratégica y de ambición nacional nos arrastre a un

vacío de seguridad en el que nuestra parálisis operativa termine por producir efectos irreparables.**MR**

---

## BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

1. Kagan, Robert. *The World America Made*. Edición Kindle. 2012.
2. Sly, Liz. «*Calls in Syria for weapons, NATO intervention*». The Washington Post, disponible en [http://www.washingtonpost.com/world/middle-east/calls-in-syria-for-weapons-nato-intervention/2011/08/26/gIQA3WAslJ\\_story.html](http://www.washingtonpost.com/world/middle-east/calls-in-syria-for-weapons-nato-intervention/2011/08/26/gIQA3WAslJ_story.html), 28 de agosto de 2011.
3. Halevy, Efraim. «*Iran's Achilles' Heel*». The New York Times, 7 de febrero de 2012.
4. Vick, Karl. «*Can Israel stop Iran's nuclear effort?*». Time Magazine, 6 de febrero de 2012.
5. Zakaria, Fareed. «*The Real Threat in the Middle East*», Time Magazine, 30 de enero de 2012.
6. «*NATO after Libya, A troubling victory*». The Economist, 3 de septiembre de 2011, disponible en <http://www.economist.com/node/21528248>.
7. Etzioni, Amitai. «*The Lessons of Libya*», Military Review. Enero-Febrero de 2012.
8. Smith, Ben. «*A victory for 'leading from behind'?*» POLITICO, disponible en <http://www.politico.com/news/stories/0811/61849.html> (22 de agosto de 2011).
9. David Hayes, *The Arab spring: protest, power, prospect*, disponible en <http://www.opendemocracy.net/david-hayes/arab-spring-protest-power-prospect>.
10. Goytisolo, Juan. «*De la Primavera al Otoño Árabe*», El País Semanal, 22 de enero de 2012.
11. Benraad, Myriam. *La transition irakienne a-t-elle eu lieu?* disponible en <http://histoireetsociete.wordpress.com/2012/02/01/la-transition-irakienne-a-t-elle-eu-lieu-par-myriam-benraad/>